

el territorio, señalando sus pasos, sus etapas, con piedras miliarias, con bronces que hablen á nuestros pósteros de aquella iliada de realidades conturbadoras, cuya grandiosa perspectiva se agiganta y se delinea mientras más se aleja de las generaciones que llegan, pues que por su magnitud, sólo á distancia puede abarcársele con la mirada inmensa del pensamiento.

A la luz de los recuerdos, se le ha visto con el dardo inflexible de sus leyes, y con la acerada hoja del deber, penetrar como si rasgase viva carne, en el duro mármol de la historia humana, que había consagrado lo que era menester hacer morir y pulverizar, para que quedasen libres las conciencias, las monarquías conquistadoras escarmentadas, y triunfante la democracia, é independiente y libre y respetada la Patria Mexicana.

Y se le ha mirado al conmemorar sus glorias, con nuestra bandera: peregrinando con ella, por ella luchando, y con ella venciendo.....

Ha sido el festejo del Centenario del natalicio de nuestro ilustre entre los insignes de la historia, la manifestación grande y tierna, y por tierna y grande, sublime, de la gratitud de la Nación, que lo conceptúa como el símbolo, como la propia bandera nacional, la que él nos mantuvo sin mancha, y que muy alto levantó al fin victoriosa ante las miradas atónitas del mundo, cuando todo hacía suponer el desmoronamiento de una República, que sangraron por medio siglo sus guerras civiles, y herida primero por una, y al fin por otra tremenda guerra extranjera; y á la cual República, así, se juzgaba anonadada bajo el peso de una corona imperial; corona que, manchada en sangre de cien reyes, arrojó Juárez á través de los mares, cuando sereno, con su olímpica serenidad, á la hora del triunfo nuestro pabellón alzaba, bañado por el rojo sol de Mayo, y extendido y sacudiéndose á las ráfagas sonoras de la epopeya mexicana.

Juárez se ve, se admira como bandera y símbolo: bandera de una nación; símbolo de su credo y su progreso.

Por eso siempre ese pabellón de tres colores nos lo recuerda, y ese pabellón es el que vemos desfilar entre brillos de armas, más alto que los oriflomas guiadores, al toque de marciales bandas; es el que miramos flotar y erguirse solemne, como si llevara las glorias de nuestros triunfos, el heroísmo de nuestros desastres; como si tuviese espíritu y sintiera y nos enviara en cada estremecimiento, la cita, el llamado de la Patria. Cuando lo miramos confundiendo la impresión que nos causa con el recuerdo de Juárez, que lo empuñó con fé, y lo salvó luchando, y lo elevó con gloria, el calosfrío de lo sublime serpea y toca electrizante con luz que vibra, nuestro cerebro, y la emoción arroja la ola de caliente sangre al corazón. Sí, miramos nuestra bandera que se yergue ó pasa, y sentimos que por nuestra mente pasa la epopeya, de todas

nuestras rotas, de todos nuestros triunfos; de nuestros sacrificios, transformados en gloria que flámea y palpita. . . . ! Con ella va, con ella está cuanto de noble y grande fuimos y somos, y el ideal de la Nación y la aspiración de la raza, y el honor, al que rinde culto la humanidad entera.

Es la divinidad, cuyo ser es nuestra alma y nuestra carne, porque es la representación magnificada de la Patria; y esa bandera salvó el Grande cuyo Centenario se festejó ayer, y cuya celebración dura aún; y esa bandera enarboló en la lucha, y esa bandera la dejó confiada á nuestro patriotismo. Ante ella, que flota y vibra, y que llama, y que hace pasar por nuestra mente toda nuestra historia, nos descubrimos siempre, sintiendo el cerebro iluminado y hecho llama el corazón; y en nuestra mente se destaca el abanderado inmortal, el que la mantuvo, impertérrito, en la década de 1857 á 1867, la más dramática, la más tremenda, y por tremenda y dramática, la más grandiosa de nuestra vida nacional!

Y bajo la enseña, con ese abanderado sublime, con Juárez, á la hora de la prueba, á la hora de morir ó de vencer, estuvieron los esforzados, los patriotas; y cayeron Ocampo, y Valle, y Degollado y mil; y pasaron como meteóros González Ortega y el Gran Zaragoza y otros; y sin nunca descansar prosiguieron, prosiguieron hasta el fin, los Díaz, los Escobedo, los Corona, los Régules y sus bravos adalides.....!

Recordad los combates de nuestras cien campañas: mirad los guerreros sangrientos á la carrera de sus recios bridones que avanzan, oid el choque de sus armas y el arranque de sus corceles, que levantan estruendos y nubes; miradlos: se contemplan como tronante catarata, con brillos de acero, con tonos rojos de sangre, que marca las heridas recibidas en el duelo á muerte, y van fascinados y arrebatados adelante, hasta pasar bajo los arcos triunfales, con actitudes de esfuerzo sobrehumano, con amenazas épicas de enojo, con

las espadas en lo alto, y alzando en su arranque fragores que llenan los espacios y hacen estremecer los triunfales arcos, que al sacudirse tremolan, crecen y hasta los cielos llegan.

Pasó, pasó aquella fulminante cabalgata de guerreros, que corría á defender libertades y honor y patria, instituciones y derechos que la vinculan, y dejó el rastro de los que cayeron acá y allá, en la carga vertiginosa, y que yacentes se vieron con los cráneos partidos ó desgarrados los dorsos; las entrañas fuera, ó los miembros del tronco separados, palpitando todo sobre charcas de la propia y de la agena sangre..... Y pasó así aquella cabalgata de los defensores de México, á la voz de Juárez, que empuñaba nuestro lábaro sagrado; y la Gloria hermosa y la Piedad inmensa, la vieron absortas, y la Historia fijó aquel instante con señal de estrellas en la asombrosa eternidad.

Loor y gratitud para los que así acudieron á la pugna de dos lustros, á la voz